

LA FORMACIÓN DE LA PERSONA ENTRE LA FAMILIA Y LA PROFESIÓN

HORST J. HELLE

In this article, the author intends to show the conditions which affect the formation of the person in the family, and how economic and cultural changes of modern society and the feminist movement affect the correct development of the child, which have repercussions in the future behaviour of an adult.

I

La formación de la persona es un proceso de toda una vida durante el cual el individuo nunca pierde la oportunidad de cambiar a mejor. Pero tener el concepto claro de qué es lo mejor y tener la incansable voluntad de luchar por ello es uno de los pre-requisitos para evitar que ese proceso de toda una vida quede truncado. Una de las tesis de esta conferencia es que las experiencias en la familia son de gran importancia y que el mundo profesional de los nuevos sistemas económicos industriales debe considerarse más como un terreno de prueba para las personas, que como una fuente autónoma de la formación de éstas. Este punto de partida presupone que la vida familiar y el mundo profesional están hoy erróneamente separados y que la mayoría de los adultos en entornos industriales experimentan los dos ámbitos no sólo como divididos sino incluso en conflicto.

Se habla frecuentemente de la tensión entre la familia y la profesión como el resultado de la industrialización, de lo que se deduce que bajo consideraciones rurales y en un estadio de producción manual en pequeños talleres artesanales existía una armoniosa interacción de los dos ámbitos. Este punto de vista, sin embargo, está impregnado de un romanticismo nostálgico. En esta conferencia preferiría asentar que es parte de la condición humana el tener que enfrentarse a exigencias conflictivas de atención, tiempo y energías. Nuestros primeros ante-

pasados que como hombres de la edad de piedra vivían en un lejano advenio y sólo veían la venida de la salvación vagamente esbozada en sus religiones chamanísticas, sobrevivían cazando animales enormes. Estoy casi seguro de que incluso entonces las exigencias sobre aquellos hombres como cazadores entraron en conflicto con lo que las mujeres y los hijos esperaban de ellos. Y ya en aquellas culturas observamos la institucionalización de una clase de profesión muy humana que permitiría a los individuos el evitar el conflicto aparentemente universal: el chamán dedicaba su vida por entero a la interpretación espiritual de la caza y en culturas avanzadas de caza no tenía su propia familia.

Por parte de las mujeres vemos la salida contraria a la tensión entre la familia y la profesión: algunas culturas dan un valor tan alto a la maternidad que la preocupación por encontrar medios económicos suficientes descansa únicamente sobre los maridos, para que las madres puedan dedicar sus vidas enteramente a la familia. Puede que el atribuir a las mujeres tan alto status como madres sólo haya sido posible sobre la base de un culto a la figura de una madre venerada en el más allá. Parece que sólo estas culturas que adoraron una diosa madre participaron con éxito en la revolución neolítica que sustituyó la caza por la agricultura.

Y otros grupos humanos, como los aborígenes australianos y algunos indios norteamericanos, que tuvieron su esfera divina reservada para los animales o espíritus masculinos con rostro humano, por eso, nunca superaron el nivel de caza o recolección. Incluso ahora las diferencias entre las culturas familiares se relacionan significativamente con la actitud que se adopta hacia la Madre de Cristo y, como se puede observar, la forma más agresiva de feminismo surge de ámbitos protestantes y judíos¹. La feminista católica romana es por lo general, una persona con poca devoción a la mariología.

Pero incluso en países europeos como en España, Italia y Grecia, donde hubo y hay una manifiesta devoción a la Virgen María, notamos hoy una gran presión en las mujeres para que afronten el conflicto entre la familia y la profesión como algo inevitable. Puesto que estoy de acuerdo con la tesis de que en principio las mujeres no pueden ser reemplazadas como madres, y de la misma manera su dispo-

¹ Betty FRIEDAN, 1963, 1981; Shulamith, Firestone, 1970.

nibilidad o ausencia como madres de niños pequeños tiene un efecto profundo en la próxima generación de hombres, quiero dedicar el resto de la conferencia a la pregunta: "¿cuáles son las consecuencias de la tensión entre la familia y el mundo profesional para la mujer y más específicamente para su papel de madre?"

II

La tradición cristiana -al menos en principio- ha tenido en tan alta consideración a la maternidad que ha limitado el status social de la madre a las mujeres casadas con un marido de una posición económica tal que podía mantener la familia sin tener que depender de un segundo ingreso por parte de su mujer. Resultó -como era de esperar- que casi la mitad de las mujeres y de los hombres quedaron excluidos del matrimonio. Esta condición, muy controvertida, colapsó durante el s. XIX. El cambio fue causado en parte por la industrialización, por la migración masiva de las áreas rurales a las ciudades industriales y por la admisión de un gran número de mujeres y hombres de clase baja al matrimonio, a quienes anteriormente se les había impedido formar una familia propia porque no podían conseguir los ingresos mínimos tradicionalmente impuestos. Las mujeres de clase trabajadora que habían emigrado a las ciudades desde los pueblos, trabajaron allí igual que lo habían hecho siempre en sus ambientes. De cualquier modo, bajo el régimen pre-industrial, no podían en absoluto legítimamente tener hijos a causa de las restricciones matrimoniales o, si eran madres podían llevar normalmente a sus hijos con ellas y tenerlos a la vista mientras trabajaban. La grandes fábricas, por supuesto, han cambiado esta situación y ha sido uno de los efectos de la progresiva legislación laboral el mantener a los niños pequeños fuera de ellas.

Estos cambios crearon el *stress* que típicamente sufren las madres que trabajan. Mientras se convirtió en norma, más que en un privilegio especial, el tener al menos un niño, ser madre dejó de ser, cada vez más, una forma de existencia femenina altamente considerada y pasó a ser por sí mismo un papel al margen de otras actividades competitivas. Efectuando este cambio en la terminología de la dico-

tomía entre lo privado y lo público, el papel de la madre, antes un papel total, se convirtió en un papel privatizado. Cuando la sociedad cristiana pasó de un estilo de vida rural al urbano, lo que hombres y mujeres experimentaron dejó de formar parte de una cultura unificada, como en la vida rural, y se dividió entre la esfera pública de las actividades profesionales y políticas, y la vida privada de amigos íntimos y la familia.

Desde la Revolución Francesa la modernización también significó que el status social ya no estaba ligado a la tradición familiar, es decir, que ya no podía heredarse tan fácilmente, sino que tenía que basarse en los logros personales en sus actividades profesionales. El ser de buena familia, por tanto, ya no proporcionaba a una mujer joven un status social aceptable en general. En lugar de estar orgullosa de los logros de su padre, de su hermano mayor, o más adelante de los de su marido, se esperaba que ella basara su reconocimiento en su propio rendimiento profesional. Por supuesto, así se incrementó la presión sobre las mujeres, debido a la incompatibilidad creciente de los dos fundamentos de su existencia social: el ser una esposa y una madre por una parte, y el rendir en el mundo profesional por otra. Ambos empezaron a distanciarse cada vez más hasta forzar a la mujer a decidir si daba prioridad a su vida privada o a la pública.

La experiencia de la IIª Guerra Mundial añadió otro impulso al cambio. Hasta la Iª Guerra Mundial, todas las sociedades civilizadas habían conducido la guerra como una lucha de hombres contra hombres. No se mataban ni a mujeres ni a niños, al menos no intencional ni sistemáticamente. Disfrutaban de un status especial e incluso en los casos de emergencia en tiempos de paz, como en un naufragio, mujeres y niños tenían prioridad en los botes salvavidas.

Las naciones cristianas involucradas en la IIª Guerra Mundial se desviaron de esa tradición y bombardearon ciudades en Inglaterra, Alemania y Japón con la implícita intención de matar a mujeres. Este hecho originó una terrible 'igualdad' entre hombres y mujeres, y contribuyó al fundamento emocional de un grito por la igualdad. Las mujeres, como los hombres, morirán en la guerra moderna y por lo tanto debe permitírseles, como a ellos, luchar con uniforme. Como vieron desaparecer sus privilegios especiales, no aceptarán ningún de-

ber especial como madres en casa. Pero, obviamente, ésta no era una posición adoptada por todas las mujeres cristianas.

Este hecho y otros efectos emocionales contribuyeron a la mayor participación de la mujer en un trabajo fuera de casa. Por supuesto, con muy pocas excepciones entre las mujeres de clase alta (que, por su parte, desaparecía como efecto de las guerras), ya todas las mujeres jóvenes buscarían empleo para ganar dinero. El cambio ha sido pues, no que se fueran, sino que se quedaban o volvían después de haber dado a luz.

Tabla comparativa

Alemania Occidental: Índices de participación en la fuerza laboral de mujeres casadas con marido aún vivo por la edad del hijo menor 1969-1986.

<i>Edad de los hijos y años</i>	<i>Mujeres que trabajan con marido vivo</i>
	%
<i>Sin niño(s)</i>	
1969	35,0
1986	34,4
<i>el porcentaje disminuye</i>	1,8 %
<i>Con niño(s) de 6 a 15 años</i>	
1969	37,4
1986	41,1
<i>el porcentaje aumenta</i>	9,9 %
<i>Con niño(s) menores de 6 años</i>	
1969	28,7
1986	44,4
<i>el porcentaje aumenta</i>	20,0 %
(Fuente: W. Schneider)	

A pesar de que las madres que trabajan son minoría: casi dos tercios de las mujeres casadas que tienen hijos menores de 6 años se quedaban en casa en 1986. Las cifras en la tabla 1ª muestran que la regla general, según la cual una madre de un niño pequeño debe quedarse casa, pierde reconocimiento entre los años 1969 y 1986.

Es un desarrollo que ha de compararse con la depreciación de la fertilidad. La revolución cultural de los sesenta incluía la conciencia de que la tierra estaba drásticamente superpoblada y que todo el que contribuyera a ello trayendo al mundo muchos hijos debía dar –por así decirlo– una disculpa a sus compatriotas. Alemania occidental consiguió reducir el número de nacimientos a la mitad en sólo una década: durante los últimos años de los 50' y los primeros de los 60' el número de nacimientos por año era de cerca de un millón. Las cifras empezaron a bajar considerablemente de 1965 en adelante, y después de 1975 se estabilizaron alrededor de medio millón. A pesar de todas las diferencias en el campo político, Alemania oriental mostró un desarrollo paralelo. Ser fértil había sido redefinido como algo negativo en lugar de positivo. En Alemania en 1900 había una media de 4 hijos por matrimonio, a finales de los 80' esta cifra para Alemania occidental había descendido hasta 1'4 (U. Haasen). Mientras que durante muchos años las dos Alemanias eran campeonas mundiales de tener el índice más bajo de natalidad, recientemente, Italia las ha superado. Esta tendencia parece poner en paralelo el desarrollo hacia una ascendente individualización y urbanización.

La Sociología urbana –desde el artículo de George Simmel publicado en 1903 (Simmel, 1980) hasta los estudios de Hans-Paul Bahrtd (1961)– ha acentuado consistentemente la división entre la esfera pública de desvinculación y la privada de involucramiento en pequeños grupos de parentesco y amistades, como una de las condiciones esenciales para el desarrollo de una cultura de una ciudad moderna. Una persona que se comporta en público como en la esfera privada no es un ciudadano competente sino un pueblerino urbano (Gans, 1962). En la década de los 70' y los 80' el ataque promovido por el marxismo a la dicotomía público-privado por ser de carácter supuestamente burgués, se hizo paralelo al desarrollo de una nueva necesidad de intimidad que dio lugar a distintas formas de familiaridad exagerada incluso entre aquellos adultos que apenas se conocían.

Me parece que una alternativa realista en sociedades industriales de masa es una actitud de ascetismo hacia contactos afectivos y altamente personalizados en público, combinado con un fuerte perfil culturalmente específico en contactos de una asociación personal cerrada. Tal alternativa fomentaría la formación de personas psíquicamente sanas

en la familia y al mismo tiempo aportaría tolerancia y paz entre culturas divergentes en el ámbito profesional y en el político. Este modelo multicultural ofrece al hombre moderno la posibilidad de participar en la cooperación creativa entre subculturas cuya escala de valores es cada una coherente consigo misma, y cuyos miembros no tienen ninguna necesidad de imponer sus valores a otros en el ámbito público porque ellos se sienten suficientemente seguros en el consenso que experimentan en su ámbito privado. Tampoco les es preciso intentar satisfacer la necesidad de intimidad ni otras formas de familiaridad afectiva en la política, en las grandes empresas, ni en el escenario público de la ciudad –todo ello tiene su papel en ámbito privado–.

Estas reivindicaciones están todas ligadas, sin embargo, a las condiciones implícitas que se colocarán ahora en el contexto de la formación de la persona durante la fase infantil.

III

Un recién nacido que crece en la Europa actual puede ser cuidado de muchas maneras: por su madre monógama que no trabaja, por su madre soltera que no trabaja, por su madre y alguien adicional que lo cuida en lugar del padre del bebé u otro hombre cercano a la madre para que la madre sea capaz de conseguir algún empleo remunerado fuera de casa o, también es posible que la abuela materna juegue un papel regular en el cuidado del niño, etc.

La discusión alemana sobre el "Tagesmütter" ("canguro") apunta al pagar una guardería fuera de casa. La multiplicidad de opciones concebibles para cuidar a un niño es impresionante, como el número de los distintos modos de cuidar a un hijo que de hecho se practican normalmente por los subgrupos significativos de madres modernas. Esta diversidad da como resultado –desde el punto de vista sociológico de la familia al menos– diferentes maneras de ejercer la función de "socialización primaria". La condición preverbal del niño puede usarse para diferenciar entre socialización en general y socialización primaria en particular.

Aunque como niño preverbal (infante) la persona futura no tiene ningún dominio del lenguaje, él o ella pueden ciertamente tomar parte

en la comunicación interhumana, pero en una comunicación que está única o predominantemente orientada a la vista y basada en la imagen. El lenguaje se dirige al oído. Su aproximación es analítica. Separa relaciones de significado en expresiones individuales antes de presentarlas una tras otra al oído (o al ojo en el caso de que se lea un texto). La comunicación orientada a la vista, con base en la imagen, en cambio, puede presentarse a la mente con entidades multifacéticas en una imagen que se despliega repentinamente. La comunicación orientada a la vista, es la forma principal de comunicación en la fase de la primera infancia. La experiencia (del niño) basada en la imagen puede tener un efecto formador que asegure actitudes cruciales para los juicios de valor hechos por mujeres en su vida posterior.

El uso de canguros es usualmente necesario si la madre quiere formar parte del mundo profesional. Frecuentemente implica un tácito conflicto cultural porque las dos mujeres encargadas de cuidar al niño –la madre y la "canguro"– suelen adherirse a una escala de valores distinta. La "canguro" suele ser de clase baja que –hasta el punto que no tiene ideas políticas explícitas– estará posiblemente a favor de la política social democrática en la esfera pública, pero que probablemente tendrá una visión más conservadora en cuestiones del papel de los sexos y el cuidado de los hijos. Esto es precisamente lo que la motiva a quedarse con su propio hijo o hijos y ganar dinero sin buscar un trabajo fuera de casa sino que lleva a otros niños a la suya. La madre que quiere disponer de "canguros", en cambio, suele ser una mujer educada de clase media con valores familiares progresivos que da por supuesto que las madres deberían tener las mismas oportunidades de trabajar fuera de casa que los padres. El niño, entonces, experimenta no sólo esta alternancia de dos mujeres que lo cuidan, sino que también confronta dos tipos de valores familiares y con una marcada discontinuidad en los estrechos contactos personales.

En este libro *Las formas elementales de la vida religiosa*² Emile Durkheim describió con gran fuerza la forma básica de co-existencia humana como el "clan", que aunque comparable a una familia, no es, no obstante, una familia en términos modernos. El clan es una unión social al que el individuo pertenece para toda su vida y en el que éste tiene una calidad de miembro que no puede perder. Esta calidad de

² E. DURKHEIM, 1937.

miembro, según explica Durkheim, impone la obligación de proporcionar asistencia mutua y reunirse para llorar al muerto, pero también impone un deber externo de vengar cualquier mal sufrido por un miembro. Es verdad que Durkheim pensaba originalmente en los nativos de Australia pero se apresuró a incluir la "gens" de la antigua Roma y la Grecia clásica en sus deliberaciones³.

En el contexto de nuestra proposición el punto decisivo es que una suprema estabilidad interna (no puede perderse la calidad de miembro) combinada con un corte definido y un perfil externo claro (si es necesario, vengando el mal hecho a un miembro) proporciona un contexto social arcaico en el cual el concepto de sí mismo, bien fundamentado emocionalmente, puede desarrollarse. La respuesta a los "stress" que las sociedades de masas provocan al individuo es, presumiblemente, no el transformar el mundo en un pueblo sino elevar la estructura arcaica del clan en una dicotomía multicultural de vida pública y privada.

Aplicando estas consideraciones a la fase más temprana de la vida de la persona, la preverbal, cuando la forma y el contenido de su comunicación es visualmente orientada y basada en imágenes, es posible deducir criterios para diferenciar entre las distintas maneras de cuidar al niño. La experiencia práctica de un adulto enseña que tiene que comportarse de modo distinto con diversas compañías humanas. Estas prácticas pueden impulsarlo a formar características diferenciadas de personalidad, y no conducen ciertamente a la estabilización de un concepto de sí mismo si éste no ha tenido todavía ocasión de desarrollarse. Para que esto pase, una persona necesita la experiencia primaria durante la infancia de ser siempre el mismo ante una y la misma persona. La manera más fácil para el niño preverbal de ser uno, uniforme e idéntico en el continuado paso del tiempo es en su contacto físico continuo con sólo un adulto.

De acuerdo con la teoría de la personalidad defendida por George Simmel (1989) el problema fundamental de la identidad personal es crear una unidad. El primer modelo basado en la imagen de cohesión interna es la figura física de la madre como un cuerpo. Arnold Gehlen (1950) y Diter Claessens (1973) que desarrollaron las anteriores ideas, llamaron la atención sobre la "excéntrica posicionalidad"

³ *Ibid*, 143.

del ser humano (Plessner, 1965). De acuerdo con esto y con la tesis de George Herbert Mead (1934) sobre la adopción de una perspectiva a través de la identificación con el "otro significativo", el punto inicial basado en imágenes para experimentarse uno mismo como una unidad y una identidad estable es una relación física del niño con su madre.

Sin embargo el contacto materno por sí sólo no sería suficiente, especialmente a medida que el niño se va haciendo mayor. Entonces la madre se convierte cada vez más en una intermediaria entre el niño y el "clan", sea cual sea su significado en términos concretos en el caso específico. En último extremo tendría que ser un grupo pequeño capaz de conferir una calidad de miembro, que no se puede perder y para ello debe:

- a) durar en sí mismo a lo largo del tiempo,
- b) exhibir externamente perfiles claros,

de manera que sea posible ver quién pertenece al grupo y quién no. Cuando se dan estas dos condiciones, la consistencia interna del principio del grupo será perceptible. En un nivel precedente a todo razonar verbal e intelectual, un niño pequeño es, pues, capaz de aprender a través de imágenes, que las escalas de valores dependen de la cohesión interna y que hay valores individuales incompatibles que deben excluirse si el sistema completo ha de salvarse del colapso.

La base de esta experiencia orientada a lo visual es la observación en la forma personificada, es decir, como coexistencia y confrontación de individuos concretos de lo que resurge en la persona madura como consideración abstracta de valores. El modelo inicial de unidad percibido en el cuerpo de la madre es potencialmente transferido al grupo pequeño que hemos introducido con el término "clan" de acuerdo con Durkheim.

Este tipo de cuidado infantil basado en un modelo que se dirige al establecimiento de la unidad, preserva al adulto de empezar una desesperada búsqueda de unas relaciones permanentes tipo clan en ámbitos de asociaciones pasajeras. La persona habrá aprendido en su infancia que hay una diferencia basada en imágenes entre la esfera interna y la externa, que el lugar para la integración total personal es la esfera interna y que los contactos sociales en la esfera externa pueden ejercitarse allí con la misma desvinculación con que se forma la base

del dominio emocional requerido en el trabajo y en la política (Simmel, 1980). La condición está entonces cumplida al señalar positivamente la dicotomía público-privado en relación con la formación del concepto de sí mismo, y al mismo tiempo el camino es claro al aportar multiculturalismo.

Uno de los resultados sería la reducción de conflictos en el sector profesional. Esto es particularmente verdadero en el campo de la política donde hay una amenaza real de una intensificación de áreas conflictivas que están altamente cargadas con emociones por la incapacidad de renunciar a las viejas pretensiones del pensamiento monocultural.

El concepto feminista, como la orientación de un grupo altamente visible de mujeres predominantemente protestantes y judías, tiende a fomentar estas viejas pretensiones. Esto puede servir para ilustrar este punto. Una actitud que sólo reivindica a la mujer como madre es rechazada con gran vehemencia en cuestiones relacionadas con el cuidar a los niños al igual que otros temas. Toda mujer debe ser capaz de combinar, dicen, un empleo remunerado fuera de casa con la maternidad, sin tener en cuenta la edad del niño y sin tener que resolver ningún conflicto. El comienzo de todo embarazo debe ser decidido más aún, considerando racionalmente todas las ventajas y desventajas. Debe ser posible interrumpir embarazos no deseados con el aborto legal, si esta fuera la voluntad de la mujer embarazada. Estas reivindicaciones se presentan como objetivos políticos.

La lista de las reivindicaciones políticas feministas tiene una gran cantidad de efectos secundarios, algunos de los cuales no están articulados. Cuantas más reivindicaciones feministas se encuentran en las modernas sociedades de masas –y muchos hombres consideran estas reivindicaciones positivas por razones obvias– más se vuelve la concepción como un suceso conscientemente querido y el aborto como una decisión concebible en una cuestión sólo para la mujer. Su ganancia en autonomía obviamente se iguala con la del hombre que está necesariamente involucrado en el área de la actividad erótica, siendo relevado de su co-responsabilidad. La mujer se convierte más y más en la única *gobernante* (de la existencia o no existencia) de la próxima generación. Todo el que haya sido testigo de una escena en la que la mujer dice al hijo con evidente despreocupación que debe su existen-

cia a la única y sola decisión de la madre, sabrá qué impacto emocional puede tener una declaración de este tipo.

La participación cada vez más frecuente de otras personas en el cuidado del niño, que hace posible que la madre pueda trabajar fuera de casa, está convirtiendo la presencia de la madre en una comodidad poco común sin la cual el niño preverbal tiene que aprender a manejarse. Estos efectos hacen que aumente el poder físico de la mujer como una madre, dramáticamente paralelo a la ideología que oficialmente devalúa el status de la mujer como madre. Estas relaciones están evidentemente llenas de conflictos y es posible que cuánto más continúen experimentándose en la vida real, más personas estén con una insuperada dependencia de madres del molde feminista, y entren en la vida pública (que serán incapaces de separar de la esfera privada) muy inclinados a la disensión.

Estamos analizando el modelo feminista de maternidad no desde el punto de vista del movimiento femenino en sí, sino desde el de su habilidad o inhabilidad para crear las condiciones de tipo clan del cuidado infantil. Una estabilidad de imágenes en un grupo duradero de personas que lo cuidan es improbable, de tal manera que no puede esperarse que, como de niño, el futuro hombre o mujer experimente un mundo privado de valores homogéneos. El posible resultado será una emocionalización de la vida política y laboral de la mujer. A la luz de las deliberaciones expuestas aquí, es posible concluir que los niños preverbales que pasan por el cuidado infantil propagado por el modelo feminista resultan ser unos adultos que contribuyen a la continuación de una política monocultural con todo su potencial de disensiones. Así impedirán y retrasarán por tanto la transición al monoculturismo que en este papel está considerado como deseable en general y sin el cual una futura Europa unida y pacífica no podrá manejarse.

El resultado de las recientes elecciones libres nacionales en Alemania oriental reflejan un efecto de las décadas de dictadura, cuando tener que trabajar a jornada completa fuera de casa no era una ambición que las mujeres tuvieran que cumplir en su vida sino más bien una obligación política. De acuerdo con las enseñanzas de Karl Marx, la mujer que no trabajaba fuera de su hogar, no podía participar en el proceso histórico de emancipación. En la Alemania occiden-

tal la influencia del feminismo americano ha sido fuerte y éste, paradójicamente, apuntaba en la misma dirección que el marxismo: trabajar fuera de casa significaba emancipación. Hoy en día la orientación poco a poco se traslada de América y vuelve más a las tradiciones de Europa. El impacto del feminismo flaquea y las publicaciones de sociología parecen confirmarlo.

El avance de investigaciones en educación específica por sexos, en los años cincuenta, está bien representada por una cita del libro de Otto Speck sobre los hijos de las madres que trabajan: "una educación para chicas, que sitúa la erudición intelectual demasiado en primer plano, de manera que más adelante la mujer adulta se queda con la impresión de que la vida profesional y el conocimiento de su propio camino por el mundo significan el mayor objetivo y la verdadera realización de la mujer, es inadecuada para educar buenas madres, que buscarían un empleo remunerado adicional sólo en una emergencia" (Speck, 1956, 132). Después de tres décadas, el tópico de las madres que trabajan está todavía dando tan alta prioridad que la fundación Volkswagen en Hannover decidió facilitar una sustanciosa financiación para un estudio sociológico empírico a gran escala que, de todas maneras, aporta pocas revelaciones nuevas: "Dada la definición de los papeles familiares que dominan en el presente:

- ni una reducción en el trabajo del marido
- ni el involucrarse de los parientes en el cuidado de los niños
- ni la cooperación del marido en el encargo de tareas rutinarias

ha dado como resultado una reducción de la carga percibida de tareas bajo las que las madres que trabajan se encuentran, sino más bien un aumento. Lo mismo se aplica a trabajos de tiempo parcial o de horarios flexibles. En todas estas informaciones se evidencia que los costes individuales (en forma del tiempo invertido para coordinación y de obligaciones sociales en cumplimiento de la ley de corresponder) exceden significativamente los beneficios derivados"⁴.

Europa probablemente verá un número ascendente de mujeres que trabajen, que decidan contra la maternidad. Verá también dos tipos de madres: madres que trabajen con un hijo único, y madres que no trabajen con varios hijos. Es de esperar que el progreso hacia el multiculturalismo *evitará* que estos tres grupos de mujeres: –que se distin-

⁴ NANCK, 1987, 214 s.

HORST J. HELLE

guen por su reacción específica ante la tensión entre familia y profesión— tomen una actitud de antagonismo entre ellas.

Horst J. HELLE
Ludwig Maximilians Universität München
Institut für Soziologie
Konradstr, 6
8000 München 40 (Alemania)

